



Jaques Delors UNESCO: 1996

Desde la ilustración, y especialmente en la época contemporánea, podemos decir que existe una total unanimidad cuando se afirma que la educación es el motor de desarrollo de las personas y de las comunidades. Esta afirmación ha sido una constante en todos los grandes informes y planes de actuación de alcance mundial en el conjunto de organizaciones internacionales a lo largo del siglo XX (UNESCO, UNICEF, ONU, etc.) y así ha quedado reflejado en las diferentes propuestas elaboradas por estos organismos.

Sin embargo, cabe destacar que el informe Delors (este es el nombre “coloquial” con que se le conoce), a la hora de plantear sus propuestas, identificó algunas características que se adivinaban para el siglo XXI, tales como la globalización, la facilidad para el acceso a la información pero, a la vez, el exceso de la misma, el cambio acelerado y la necesidad de formación permanente, la diversidad, las contradicciones y las crisis, las interferencias, las tensiones en sociedades cada vez más heterogéneas, la perspectiva de un mundo cada vez más acelerado, la caducidad de las certezas, los efectos del deterioro medioambiental, entre otros, en definitiva, lo que hoy día se engloba dentro de la expresión *mundo complejo* y que ya se estaba desarrollando desde principios del siglo XX. Autores como L.

La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI

V. Bertalanffy y la Teoría general de sistemas o, más tarde, a partir de los años setenta, Morin y su Teoría de la complejidad, o Bronfenbrenner con la idea de la ecología del desarrollo humano, han marcado las bases para unas nuevas epistemologías para interpretar la realidad y construir nuevas formas integradas de acción.

En el informe Delors hay dos aspectos básicos a destacar, del todo vigentes hoy en día, que son la idea de la *educación a lo largo de toda la vida* y la necesidad de definir los elementos centrales en los que basar la educación del futuro, a saber, *los cuatro pilares de la educación*.

La educación a lo largo de toda la vida. Este concepto es de especial relevancia en la medida en que definitivamente rompe con el binomio clásico de asociar educación únicamente con escolarización. Eso había hecho que todos los esfuerzos estuvieran centrados en una mirada restringida de la educación, muy puesta en la instrucción básica y, en segundo lugar, pensada fundamentalmente para los niños (con algunas aportaciones de formación permanente para personas adultas).

La idea de la educación a lo largo de toda la vida abre la puerta a reconocer y potenciar otras educaciones en servicios no escolares (el tiempo libre, los recursos de protección a la infancia, los centros abiertos, etc.), también recur-

Los educativos no pensados para niños (inserción laboral, talleres ocupacionales, comunidades terapéuticas, pisos de acogida, etc.), así como otras formas de educación que incluyen toda la comunidad como agente formador (educación comunitaria, creación de redes de apoyo y convivencia, etc.). Es decir, se hacen visibles y se legitiman todo tipo de recursos que tradicionalmente quedaban escondidos en la mal denominada educación no formal y que hoy forman parte del universo de la educación social (conscientes, intencionales y sistematizados), recursos y servicios que tienen como objetivo la capacitación de las personas para una vida integrada y autónoma.

Esta apertura hacia otras formas de entender la educación obliga a repensar también cuáles son los grandes fundamentos que permitan pensar qué y cómo plantear una educación que debe capacitar para vivir en un mundo complejo, esto es, dinámico, contradictorio, global, imprevisible e incierto.

Los cuatro pilares de la educación. El segundo elemento central del informe Delors es la definición de estos cuatro elementos esenciales en que debe basarse la educación del futuro, y que se exponen a continuación.

Aprender a conocer: el acceso a la cultura y al bienestar implica adquirir conocimiento. Ahora bien, si tradicionalmente

la gran dificultad era acceder a la información, ahora el problema es cómo elegir entre la gran cantidad de información a la que se tiene acceso. En un mundo hiperinformado y con una gran multiplicidad de canales y de fuentes, se hace imprescindible aprender a tener criterio, a seleccionar y a usar el conocimiento.

Aprender a hacer: el conocimiento tiene sentido en la medida en que, de una forma u otra, se traduce en acciones que evidencian la utilidad de estos saberes. Así pues, la formación también debe estar orientada al uso del conocimiento y no solo a su almacenamiento.

Aprender a ser: la educación no puede consistir solo en adquirir información, hacer o tener, sino también, y de manera relevante, debe contribuir de forma relevante a comprender el desarrollo del mundo interior, a satisfacer las necesidades no materiales, a construir elementos de solidez personal que ayuden a dar un sentido a la existencia. Cuanta más diversidad y cambio, más necesario se hace construir una identidad desde donde interactuar con el mundo.

Aprender a vivir juntos: finalmente, la sociedad del siglo XXI solo se puede entender de forma global, en un escenario de permanentes interacciones entre los diferentes grupos humanos, en sus múltiples diversidades (culturales, económicas, ideológicas, etc.). Este escenario está lleno de contradicciones y de poten-

ciales situaciones de tensión. Si, como nos indica la ética cívica, no hay una autoridad superior que esté en disposición de imponer una verdad absoluta, si, a la vez, no se puede caer en un relativismo donde todo sea justificable en nombre de la singularidad, entonces la única alternativa es hacer el gran esfuerzo de aprender los requisitos éticos y cívicos que permitan vivir desde el respeto en un escenario contradictorio, lleno de interdependencias.

Como se puede ver, el informe Delors no fue un informe más, sino que es un documento muy relevante de plena vigencia en la actualidad. De manera lúcida, aportó unos criterios o ejes claros que deben servir de referencia para asegurar que la educación realmente pueda contribuir a la construcción de un siglo XXI humanizado, justo, sostenible, esperanzado.

Jesús Vilar Martín
Profesor de la Facultad de Educación
Social y Trabajo Social
Pere Tarrés – Universidad Ramon Llull